

BX863

.I3

C3

1893

c.1

55

BX863
.I3
C3
1893
c.1

55

CARTA
DEL
Santo Padre Leon Papa XIII

AL PUEBLO DE ITALIA,
TRADUCIDA
DEL ORIGINAL ITALIANO
Y PUBLICADA POR DISPOSICION
DE LA

⌘ SAGRADA MITRA DE QUERÉTARO ⌘



QUERÉTARO.
IMPRESA DE LA ESCUELA DE ARTES.
Calle Nueva núm. 10.

1893.

BX 863
J3
C3
1893



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

126635

CARTA DE NUESTRO SANTISIMO PADRE
EL SEÑOR LEON XIII

AL PUEBLO ITALIANO:

Amados hijos:

CUSTODIO de la fé á que las naciones cristianas son deudas de su redencion moral y política faltariamos á uno de Nuestros mayores deberes si con frecuencia no levantásemos bien alta Nuestra voz contra la impía guerra por cuyo medio se pretende, amados hijos, arrebatarnos tan inapreciable tesoro. —Instruidos ya por una prolongada y dolorosa experiencia, bien conocéis las terribles pruebas de esta guerra y grandemente la deplorais en vuestros corazones de católicos é italianos. Y en verdad que no es posible ser italiano de nombre y sentimientos sin levantarse contra los ultrajes que diariamente se lanzan contra esas divinas creencias que forman nuestra gloria más bella, que aseguraron á Italia la primacia sobre las demás naciones, y á Roma el cetro del mundo espiritual; y que sobre las ruinas del paganismo y la barbárie levantaron el admirable edificio de la cristiana civilizacion. Y de la misma manera,

tampoco se puede ser católico de alma y corazón y contemplar con indiferencia que en esta misma comarca, donde plugo á nuestro adorable Redentor establecer la Sede de su reino, se combata contra sus doctrinas, se ofenda á su culto, se ataque á su Iglesia y se maquine contra su Vicario, mientras se pierden tantas almas rescatadas con su Sangre, que formaban la porcion escogida de su rebaño; mientras su pueblo, que le ha sido fiel durante diez y nueve siglos, se ve apostatar de la fé, impulsado hácia las vías de los errores y los vicios, de las miserias materiales y de la abyeccion moral.

Dirigida contra la patria celestial al par que contra la terrena, contra la Religion de nuestros padres y contra la civilizacion que nos legaron con esplendor de las ciencias, las letras y las artes, bien comprendéis, amados hijos, que la guerra de que hablamos es dos veces criminal, culpable del delito de lesa humanidad y de lesa divinidad.—Pero, ¿en dónde se engendra esta guerra sino en la secta masónica, de que os hablamos largamente en la Encíclica *Humanum genus*, de 20 de Abril de 1881, y en otra más reciente, de 15 de Octubre de 1890, dirigida á los Obispos, al Clero y al pueblo de Italia? En ambas cartas arrancamos á la masonería la careta con que se disfrazaba á los ojos del pueblo y la mostramos en toda su deformidad entregada á su funesta y tenebrosa accion.

Esta vez Nos limitaremos á considerar sus deplorables efectos en la nacion italiana. En efecto, habiéndose extendido desde hace tiempo en nuestra hermosa patria, bajo el falso manto de sociedad filantrópica y redentora de los pueblos y habiendo, finalmente, por medio de conspiraciones, corruptelas y violencias,

conseguido dominar en Italia y aun en esta misma ciudad de Roma, ¿á cuántos desórdenes, á cuántas calamidades no ha abierto paso en poco más de seis lustros?

Grandes son los males que ha presenciado y sufrido nuestra patria en tan breve espacio de tiempo. A la Religion de nuestros padres se ha hecho blanco de todo género de persecuciones con la satánica intencion de sustituir con el naturalismo al Cristianismo, con el culto de la razon el de la fé, con la moral llamada independiente la moral católica, con el progreso de la materia el del espíritu. A las santas leyes y máximas del Evangelio se ha osado oponer las leyes y máximas que pueden llamarse el código de la revolucion, mientras que en las escuelas se opone igualmente la enseñanza atea de un realismo abyecto á las ciencias y las artes ennoblecidas por el Cristianismo. Invadido el templo del Señor, la confiscacion de los bienes eclesiásticos ha disipado la mayor parte del patrimonio necesario á los ministros de la Religion; si no ha podido impedirse la administracion de los Sacramentos, se procura, no obstante, introducir y fomentar la costumbre de los casamientos y entierros civiles; si todavía no se ha conseguido arrancar por completo de manos de la Iglesia la educacion de la juventud y la direccion de los institutos de caridad, con obstinado empeño se persiste en la idea de secularizarlo todo, es decir, de borrar en todas las cosas el sello cristiano; finalmente, si no se ha podido ahogar la voz de la prensa católica, por todos los medios se ha procurado desacreditarla y envilecerla.

¡A que contradicciones, á qué parcialidad no se apela para combatir á toda costa el influjo de la Re-

ligion! Se han cerrado monasterios y conventos; pero se ha permitido que crezcan á su antojo las lógicas masónicas y los antros sectarios. Se ha proclamado el derecho de asociacion; pero la personalidad jurídica, de que usan y abusan asociaciones de todos los colores, se niega á las congregaciones religiosas. Se ha promulgado la libertad de cultos; pero al mismo tiempo se reservan odiosas intolerancias y vejaciones á la Religion de los italianos, á la cual, por lo tanto, debería concederse especial respeto y proteccion. Se hicieron solemnnes promesas y repetidas declaraciones de amparar la dignidad é independencia del Papa; pero ya veis á que ultrajes está expuesta diariamente Nuestra persona. Se dan facilidades para todo género de manifestaciones públicas; más ora una, ora otra, las manifestaciones católicas son las únicas que se prohíben, ó se procura perturbar. Se fomentan en el seno de la Iglesia cismas y apostasias y rebeliones á los superiores legítimos; los votos religiosos, y especialmente el de obediencia, se condenan como contrarios á la libertad y dignidad humanas; y al mismo tiempo existen libremente sociedades impías, en que los adeptos se obligan con juramentos nefandos, y en las cuales se exige, hasta en los crímenes, ciega y absoluta sumision.

Sin exagerar el poder de la masonería, atribuyendo á su accion directa é inmediata todos los males que en el órden religioso nos afligen actualmente, en los hechos que dejamos apuntados, y en otros muchos que podríamos señalar, se nota y observa el espíritu de la masonería, ese espíritu que, enemigo de Cristo y de la Iglesia, por todo camino, por todo medio, por todo arte, intenta robar á la Iglesia su hija primogé-

nita y á Cristo la nacion preferida, sede de su Vicario en la tierra y centro de la católica unidad. La maléfica y efficacísima influencia sobre nuestras cosas de este espíritu detestable, no ha de deducirse ahora de pocos y fugaces indicios, ni demostrarse en la série de sucesos ocurridos durante un período de treinta años. Enorgullecida con sus triunfos, la misma secta ha hablado en voz alta y ha confesado lo que ha hecho hasta aquí y lo que se propone hacer de aquí en adelante. A los poderes públicos, dñense cuenta de ello ó no, los considera en último término como instrumentos suyos, lo cual quiere decir que de la persecucion religiosa, que ha afligido y sigue afligiendo á nuestra Italia, alardea la Masonería como de obra principalmente suya; obra con frecuencia consumada por ajena mano, pero que inmediata, ó mediatamente, directa ó indirectamente, por la adulacion ó por la amenaza, por el halago ó por la revolucion, ha sido inspirada, promovida, fomentada y auxiliada por la misma secta masónica.

De la ruina religiosa se pasa pronto á la ruina social. No levántandose á la esperanza divina y al amor del cielo el corazon del hombre, que es capaz de lo infinito y siente necesidad de él, se abalanzó con amor insaciable á los bienes terrenos, de donde necesaria é inevitablemente surgió una lucha perpétua de pasiones, ávidas de goces, de riquezas, de grandezas, y por consiguiente un abundante é inagotable manantial de odios, discordias, corrupciones y crímenes. No faltaban desórdenes morales y sociales en nuestra Italia ántes de que ocurriesen las últimas vicisitudes; pero ¡qué espectáculo tan doloroso el que ahora nos ofrece nuestra nacion! Se ha debilitado en

las familias aquel amoroso respeto que constituye la doméstica armonía; la autoridad paterna á menudo se vé desconocida por los hijos y por los mismos padres; estalla frecuentemente la desunion, y los divorcios ya no van siendo raros. Todos los dias crecen en las ciudades las discordias, el ódio envenenado de clase á clase, el desenfreno de las generaciones nuevas (que, crecidas bajo el hábito de una mal entendida libertad, nada ya respetan en la tierra ni en el cielo,) las provocaciones al vicio, la precoz criminalidad y los públicos escándalos. En vez de atenerse al recto y nobilísimo oficio de reconocer, amparar y auxiliar en su universalidad armónica los divinos y humanos derechos, el Estado casi se cree árbitro de ellos y los reconoce, ó los restringe, á su antojo. Finalmente, han llegado á conmoverse hasta los mismos cimientos del órden social.

Libros y periódicos, escuelas y cátedras, círculos y teatros, monumentos y discursos políticos, fotografías y bellas artes, todo se auna para pervertir los entendimientos y corromper los corazones. Entre tanto, los pueblos empobrecidos y tiranizados se estremecen; las sectas anárquicas se agitan; las clases jornaleras levantan la cabeza y van á engrosar las filas del socialismo, del comunismo, del anarquismo; los caracteres se debilitan; y no sabiendo ya ni sufrir con dignidad, ni redimirse sufriendo con viril entereza, muchas almas voluntariamente abandonan la vida con un cobarde suicidio.

Estos son los frutos que nosotros, los italianos, debemos á la Masonería, la cual todavía tiene la audacia de presentarse ante nosotros ponderando sus servicios á la nacion; todavía se atreve á darnos, y á

dar á cuantos oyen Nuestra voz y permanecen fieles á Cristo, el calumnioso nombre de enemigos de la patria. Cuáles sean los méritos contraídos por la maldita secta en el servicio de la patria, los hechos lo dicen claramente. Y lo que dicen los hechos es que el patriotismo masónico no es sino egoísmo sectario que arde en deseos de dominacion y se enseñorea de los modernos Estados, que en sus manos lo reunen y lo reconcentran todo. Los hechos dicen que en los designios de la Masonería los nombres de independencia política, de igualdad, de civilizacion, de progreso, no quieren decir dentro de nuestra patria sino independencia del hombre respecto á Dios, licencia para el error y el vicio, liga de una fraccion en daño de los demás ciudadanos, manejos de los felices del mundo para gozar de todas las comodidades y delicias de la vida, retroceso de un pueblo, reseñado con la Divina Sangre, á las divisiones, la depravacion y las vergüenzas del paganismo.

Y no hay por que maravillarse de que sea así.— Una secta que, despues de diez y ocho siglos de civilizacion cristiana, se empeña en abatir á la Iglesia y secar sus divinos manantiales; que, negadora en lo absoluto de lo sobrenatural, rechaza toda revelacion y todos los medios de salud que la revelacion nos suministra; que para sus designios y sus obras se funda únicamente en una naturaleza débil y enferma como la nuestra; una secta así, no puede ser sino el colmo del orgullo, de la codicia y de la sensualidad. Más el orgullo oprime, la codicia despoja, la sensualidad corrompe; y cuando estas tres concupiscencias llegan á su grado máximo, las tiranías, las expoliaciones y las corrupciones seductoras se desarrollan y adquie-

ren tan enorme magnitud que se resuelven finalmente en opresion, en expoliacion, en fuente de corrupcion de todo un pueblo.

Dejad, pues, que dirigiéndoos la palabra, os mostremos la Masonería como enemiga al mismo tiempo de Dios, de la Iglesia y de nuestra Patria. Reconocedla prácticamente siquiera una vez como tal, y con todas las armas que la razon, la conciencia y la fé ponen en vuestras manos, defendeos de tan terrible enemigo. Nadie se deje engañar por la hermosura, de su apariencia, ni atraer por sus promesas, ni seducir por sus halagos, ni aterrarse por sus amenazas. Recordad que son esencialmente irreconciliables el Cristianismo y la Masonería; de suerte que, afiliarse en esta, es renegar de aquél. Y esta incompatibilidad que existe entre la profesion de católico y la de mason, ya no la podeis ignorar, amados hijos, porque de ello os advirtieron claramente Nuestros predecesores, y Nos de igual modo os repetimos el mismo aviso.

Así, pues, los que por su grandísima desventura hayan dado su nombre á alguna de estas sociedades de perdicion, sepan que tienen el estrechísimo deber de apartarse de ellas, si es que no quieren quedar separados de la comunión cristiana y perderse para el tiempo y la eternidad. Entiendan igualmente los padres, los maestros, los amos y cuantos tengan autoridad sobre alguien, la rigurosa obligacion en que se hallan de impedir que entren en la Masonería las personas que estén bajo su dependencia, ó si yá hubieren entrado, que permanezcan en su seno. Importa, además, en asunto de tanta monta y en que la seducción es tan fácil, que el cristiano evite dar los primeros

pasos, huya hasta del peligro más remoto, se aparte de las ocasiones, tome las precauciones más solícitas, y conforme al consejo evangélico, conservando en su corazón la sencillez de la paloma. use la prudencia de la serpiente.—Guárdense los padres de familia de recibir en sus casas y de admitir á la intimidad de la confianza doméstica á personas desconocidas, ó no bastante conocidas en lo tocante á Religion; procuren inquirir primero si con carácter de amigo, de maestro, de médico, ó cualquier otro semejante, no se disfraza algun astuto reclutador de la secta. ¡En cuantas familias ha penetrado el lobo vestido con piel de cordero!

Bella cosa es la suma variedad de las asociaciones que, en toda clase de conexiones sociales con prodigiosa fecundidad surgen hoy por doquiera: sociedades obreras, de socorros mútuos, de prevision, de ciencias, de letras, de artes, y otras de parecida índole, que cuando están informadas de buen espíritu moral y religioso, son verdaderamente útiles y oportunas. Más porque tambien en ellas, muy especialmente en ellas, ha penetrado y penetra el veneno masónico, ténganse generalmente por sospechosas y evitense aquellas sociedades que, sustrayéndose á toda influencia religiosa, puedan facilmente estar más ó ménos dirigidas y dominadas por los masones, como asimismo aquellas de las cuales, que prestan auxilio á su secta, puede decirse que la sirven de plantel y preparacion.

“Las señoras no han de inscribirse facilmente en las sociedades filantrópicas cuya naturaleza y objeto no sean bien conocidos, sin aconsejarse primero de personas doctas y experimentadas, ya que frecuen-

temente sirve como de pase á la mercancía masónica esa charlatanesca filantropía que pomposamente se suele oponer á la caridad cristiana.

Con persona sospechosa de pertenecer á la masonería ó á alguna sociedad que dependa de la misma, guárdense todos de tener amistad, ni intimidad y, conociéndola por sus frutos huyan de su lado. Y no solo el de los que, francamente impíos y libertinos, llevan en la frente el sello de la secta, sino que tambien ha de evitarse el trato familiar de los que, bajo la careta de universal tolerancia, de respeto á todas las religiones, se empeñan en conciliar las máximas del Evangelio y las máximas de la Revolucion, Cristo y Belial, la Iglesia de Dios y el Estado sin Dios.

Los libros y periódicos que destilan el veneno de la impiedad, ó que atizan en el pecho humano el fuego de la desmedida ambicion ó de las pasiones sensuales; los círculos y gabinetes de lectura en donde el espíritu masónico acecha para devorar víctimas, han de ser para todo cristiano sitios é impresos que le llenen de horror.

Y no sólo esto, sino qué, tratándose de una secta que todo lo ha invadido, no es suficiente ponerse en guardia contra ella. Hay que salir al campo y afrontarla con valor. Lo cual hareis vosotros, amados hijos oponiendo prensa contra prensa, escuela contra escuela, sociedad contra sociedad, congreso contra congreso, accion contra accion.

La masonería se ha apoderado de las escuelas públicas, y vosotros, con vuestras escuelas particulares con las paternas, con las de celosos eclesiásticos y las de religiosos y religiosas, disputadle la educacion de la infancia y de la juventud cristianas; y sobre todo,

absténganse los padres cristianos de confiar la educación de sus hijos á escuelas sospechosas ó poco seguras. La Masonería ha confiscado el patrimonio de la beneficencia pública, pero vosotros podeis suplirlo con el tesoro de la caridad privada. En mano de sus adeptos ha puesto la masonería la direccion y gobierno de las Obras pías; más las que dependan de vosotros las confiareis á los institutos católicos. La Masonería abre y sostiene casas de vicio; más vosotros hareis cuanto podais para abrir y sostener refugios donde se acoja la honradez que pelagra. A sueldo de la Masonería milita una prensa religiosa y socialmente anticristiana; más vosotros con vuestros recursos y vuestras obras, habeis de promover, auxiliar y propagar una prensa católica. Funda la Masonería sociedades de socorros mútuos y establecimientos de crédito en provecho de sus partidarios; más vosotros la imitareis, no solamente en provecho de vuestros hermanos, sino en el de todos los indigentes, mostrando así que la sincera y genuina caridad es hija de Aquel que hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores.

Esta lucha del bien con el mal ha de extenderse á todo, y en cuanto sea posible todo lo ha de reparar. La Masonería tiene frecuentes Congresos para concertar nuevos medios de combatir contra la Iglesia, y vosotros los debeis tener con frecuencia para entenderos acerca de los medios y el orden de la defensa. La Masonería multiplica sus lógias, y vosotros debeis multiplicar los círculos católicos y las juntas parroquiales, debeis promover las asociaciones de oracion y caridad, debeis contribuir á sostener y aumentar el decoro del templo del Señor. No teniendo yá

por qué temer, la Masonería muestra su propio rostro á la luz del día; y vosotros, católicos italianos, confesad vuestra fé abiertamente á ejemplo de vuestros gloriosos antepasados, que delante del tirano, delante de los suplicios, delante de la misma muerte, la confesaban intrépidos y sabian dar testimonio de ella derramando la propia sangre. ¿Qué más? ¿No se esfuerza la secta en esclavizar á la Iglesia y en ponerla, como sierva humilde, á los pies del Estado? Pues vosotros no habeis de cesar de pedir, y, por las vias legales, de reclamar la libertad é independencia que le son debidas. ¿No procura la Masonería hacer pedazos la unidad católica, sembrando la cizaña entre el Clero, suscitando contiendas, fomentando discordias, excitando los ánimos á la desobediencia, á la rebelion, al cisma? Pues apretando más y más el sagrado vínculo de la caridad y la obediencia, poned vosotros sus designios al descubierto, haced que fracasen sus tentativas, desvaneced sus esperanzas. Como los primitivos fieles, tened todos una misma alma y un solo corazon, y juntos en torno de la Cátedra de Pedro, y unidos á vuestros Pastores, defended los intereses supremos de la Iglesia y el Pontificado, que son tambien los intereses supremos de Italia y de todo el orbe cristiano.

Inspiradora y guardadora celosísima de las grandezas de Italia fué siempre la Apostólica Sede. Sed, pues, italianos y católicos; libres, y no sectarios; fieles á la patria y á la vez fieles á Cristo y á su Vicario visible, convencidos de que una Italia anticristiana y antipapal sería la negacion del plan divino, y, por ende, estaría condenada á perecer.

Amados hijos: en este momento la Religion y la

Patria os hablan por Nuestra boca. ¡Ea! oid su grito de angustia; levantaos unánimes y pelead varonilmente la batalla del Señor. Ni el número, ni la osadía, ni la fuerza de los enemigos os deben amedrentar, porque Dios puede más que ellos. Y si Dios está á vuestro lado, ¿qué podrán ellos contra vosotros?

A fin, pues, de que Dios esté con vosotros con la mayor cópia de gracias; á fin de que con vosotros pelee y con vosotros triunfe, redoblad vuestras oraciones, acompañadlas con el ejercicio de las cristianas virtudes, especialmente de la caridad para los necesitados; y renovando todos los dias las promesas del Bautismo, implorad humilde, encarecida, constantemente las divinas misericordias, en prenda de las cuales y en testimonio de Nuestro paternal afecto os concedemos, amados hijos, la Apostólica Bendicion.

Dado en Roma, en San Pedro, el VIII de Diciembre del año MDCCCXCII, décimo quinto de Nuestro pontificado.

LEON PAPA XIII.



Yruco y Bato. J. Obispo de Leon



1207